

...para entrar un rato dentro de Barbiana y no buscar ideas ni recetas ni métodos, sino la vida de aquellos días allí arriba, el flujo vital que corría entre ellos. Respetamos a la autora que no pone títulos a sus recuerdos, sino que simplemente cambia de página...

Dentro de Barbiana

Adele Corradi, *NON SO SE DON LORENZO*

(Feltrinelli 2012)

(traducción José Miguel Castelo)

h
e
r
r
a
m
i
e
n
t
a
s

Pág. 27

Contar cosas de Barbiana siempre me produce malestar. Me parece una indiscreción, violar la intimidad de una persona que quería ser una persona pública sólo mediante escritos meditados.

Una vez me vio copiar una carta suya (creo que iba dirigida al Cardenal). Sin duda era un escrito meditado, pero no destinado a la prensa. Me dijo que si después de su muerte me atrevía a publicar un escrito suyo, vendría durante la noche a arrastrarme por los pies, como los clásicos fantasmas. Como es lógico me reí de su amenaza, pero no de su voluntad de que sus cartas no se publicaran. Por eso estoy muy contenta de que las haya publicado Michele. Estoy segura de que, tratándose de la iniciativa de un chico al que quería tanto, si don Lorenzo la hubiese previsto no le habría disgustado. Sin embargo, si me pregunto qué hubiera dicho cuando estaba vivo a leer estas páginas, enseguida me entran las ganas de romperlas.

Pero se murió. Y en uno de sus últimos días me dijo una cosa que ahora me repito. Yo tenía mucho miedo de leer maldades sobre él después de su muerte. Ya habían dicho muchas cuando estaba vivo y yo estaba muy lejos de pensar que todos iban a empezar tan pronto a hablar bien de él. Quizás, ni él se lo imaginaba (y eso que era lo bastante listo como para prever el éxito de su *Carta a una maestra*). De hecho, cuando le dije que, después de su muerte, no me gustaría leer nada de cuanto se escribiera sobre él, me hizo notar que después de muerto ya nadie

podría hacerle daño. Yo le repliqué que leer maldades me haría daño a mí, que seguía viva, y me comprendió, pero a él el tener buena o mala fama después de muerto parecía que no le importase nada en absoluto.

Por eso no tengo muchos escrúpulos respecto a él. Me preocupa mucho, sin embargo, la duda de si lo que escribo pueda doler, o incluso sólo molestar, a sus hijos más queridos, los que más “celosamente” custodian su recuerdo.

Solo me animan, a la hora de decidir si escribir aún, las palabras de Maurizio Di Giacomo.

“La exhorto”, me escribía hace bastantes años, “a grabar en una cinta con una



La autora.



persona o institución de su confianza los recuerdos que tenga de los años vividos con don Lorenzo Milani. Será sin duda un trabajo doloroso, en lo personal, pero importante. Todo lo que usted sabe no son 'recuerdillos' banales ni 'anecdottillas'. Si no hablan quienes han conocido personalmente al cura de Barbiana, acabarán por escribir su historia los historiadores que investigan, esos con corbata Yves Saint-Laurent, o bien los hagiógrafos de los Tribunales eclesiásticos de las causas de beatificación, y la profunda humanidad así como la soledad indecible de aquel cura-maestro-testigo-polemista terminará olvidada o *neutralizada completamente*".



Pag. 29

Estaba fuera, bajo la pérgola, de pie, y tenía en la mano una carta.

El que le escribía tenía que haberle pedido muchísima discreción, porque no la leyó en voz alta como solía hacer con toda la correspondencia que recibía.

"No dé vueltas a mi alrededor", dijo, duro.

Y luego, más duro aún: "Lo sé", añadió, "de los burgueses hay que aprovecharse, pero sin tomarlos cariño".

No notaba que yo estaba en ese momento a su lado y por pura casualidad cogía al vuelo aquellas palabras.

Me llegaron al corazón como un aviso y todavía doy gracias a Dios porque no me ofendieron ni me escandalizaron.

Eran los primeros tiempos de ir a Barbiana, y aquellas eran las condiciones. Sólo si las aceptaba podría continuar yendo allí.

Así al menos me lo pareció en aquellos días y meditándolo hoy creo que fue una gran suerte que lo entendiera así, porque me libró de cualquier expectativa y, sin esperar nada, ciertamente he podido recibir mucho más.

Pag. 47

Con la astronomía y la genética he tenido en Barbiana una de las experiencias más interesantes que se puedan dar en la vida de un profesor.

He experimentado la condición de un chico que no entiende nada. Intentaba estar atenta, pero no aguantaba más de diez minutos. Perdía el hilo y me daba cuenta de estar distraída.

Si hubiera sido una auténtica alumna de Barbiana lo hubiera dicho y, si no lo hubiera dicho, inevitablemente se habría dado cuenta el maestro. Pero yo era la única alumna de la que el maestro pasaba. Que aprendiera o no, era asunto mío. Era suficiente con que no molestase.

Pero algo aprendía. Una pizca de práctica hacía, porque don Lorenzo me señalaba en el cielo alguna constelación y aprendí a distinguir las Pléyades y Casiopea, que hasta no ir allí sólo me las había encontrado en los versos de los poetas antiguos.

La primera estrella que aprendí a reconocer fue Júpiter, que además no era una estrella sino un planeta. Era muy grande y luminoso porque aquel año, era 1963, estaba más cerca de la tierra de lo habitual. Me informó don Lorenzo la primera vez que bajamos juntos a Vicchio, porque volvimos arriba cuando era casi de noche y teníamos Júpiter delante.

Pero la constelación que me fascinaba más era Orión. Aparecía detrás del Monte Aùto al inicio del invierno y brillaba en el límpido cielo de aquellas largas gélidas noches mucho más que el resto de las estrellas.

Al llegar la primavera llegó también Gregorio, con un telescopio. Y Paolo Landi fue el encargado de colocarlo de manera que nos permitiese ver Saturno.



Paolo lo puso detrás de la Iglesia, cerca de la casa de los Carotti. Y vino al amanecer para colocarlo allí, porque Saturno sólo al alba se dejaba ver.

Era el primer año que iba a Barbiana y aún no me había establecido allí, por eso aquella noche yo dormí con Eda y, como la ventana del cuarto de Eda daba a la explanada de la Iglesia, al amanecer me despertó la voz de don Lorenzo que, bajo la ventana, se oía gritar alegre: “El que no se levanta para mirar a las estrellas no ama ni la escuela ni a los chicos”.

Me levanté deprisa y enseguida estuve lista para bajar corriendo, pero no era precisamente por amor a la escuela y, menos aún, por amor a

los chicos. Era puro egoísmo. Todo era nuevo para mí aquellos primeros meses.

Hasta entonces, a Saturno, así como a las Pléyades y a Orión, me lo había encontrado sólo en los libros. Ahora, con el ojo pegado al telescopio, lo veía delante de mí, vivo, allí, sobre el Falterona.

Y todos a mi alrededor estaban tan contentos como yo por estar juntos, al alba casi a oscuras, entre los cipreses, a mirar las estrellas. Paolo había venido de bastante lejos porque su casa estaba en Sagginale. Y hasta Rina se había levantado y había preparado el café que nos trajo, caliente, y que bebimos de pie después de haber mirado todos las estrellas.

Pag. 53

Venía de vez en cuando a Barbiana una profesora que me parecía una mujer verdaderamente extraordinaria. Era estupenda como educadora y era también estupenda... en todo lo demás. Se veía que cocinaba bien y muy a gusto, leía mucho, iba al cine con frecuencia y también intervenía en política.

“¡Esta mujer consigue hacer de todo! ¿Cómo hará, don Lorenzo, para encontrar tiempo de hacer tantas cosas?”

“¡No quiere a nadie!”, me respondió de golpe.

¡Era cierto! ¡Era ciertísimo! ¿Cómo hice para no darme cuenta? ¡Cuántas más cosas se harían, si no se amara a nadie!

También por esto me gustaba estar en Barbiana. Porque, cada vez que no estaba satisfecha conmigo, don Lorenzo encontraba siempre el camino para hacerme recuperar la paz. Siempre. Era liberador. Ahora que está muerto, esto sobre todo es lo que me ha faltado.

Una vez había discutido delante de todos con Margarita, porque ella “con gran bondad” hacía grandes elogios de un abogado que había escrito a don Lorenzo, ofreciéndose a defenderle en el proceso por la *Carta a los capellanes castrenses*.

Yo decía que aquel abogado era un ambicioso, porque estaba clarísimo para cualquiera que de aquel proceso hablarían todos los periódicos: para un abogado desconocido

era una oportunidad única de hacerse famoso. Además, para mí, aquel tipo era también un presuntuoso y un egocéntrico porque sólo pensaba en su interés y no en el de don Lorenzo. Margarita, sin embargo, que lo conocía, decía que era una buena persona y lo defendía acaloradamente de todas mis acusaciones.

En la discusión, a pesar de estar comiendo con varios huéspedes, yo había perdido los nervios, así que, más tarde, sentía vergüenza por haber hecho una escena. Por eso, en cuanto volví a encontrarme sola con don Lorenzo, casi disculpándome dije: “no sé por qué me he enfadado de esa manera”. “Porque tiene miedo, Adele”. De golpe comprendí que esa era precisamente la razón. Él, observándome, lo había cogido antes que yo. Claramente tenía miedo de que Margarita con sus elogios convenciera a don Lorenzo de que se dejara defender por el primero que llegaba. De ser condenado no le importaba gran cosa (eso al menos parecía) y yo tenía la impresión de que a ratos le entraban ganas de contentar a aquel abogado al que no conocía nadie y que escribía que le defendería con el corazón. También este argumento me daba rabia, porque me parecía, aun sin haber asistido nunca, que en un tribunal se requiere cerebro. “Déjate defender con el corazón”, decía de hecho el juez Meucci, “y estate seguro de que te buscas una condena”.

**Pag. 58**

Estábamos en el cementerio, ante la puerta. Dentro del cementerio los chicos quitaban hierbas de las tumbas. Pero al recordarlo no me doy cuenta de su presencia. Veo a don Lorenzo de pie delante de mí y a mí

sentada en la hierba. Probablemente estábamos hablando de Inés. De pronto me dijo, serio: *“¡Usted no creerá que yo piense que la salvación de un alma depende de mí! ¡Yo no pienso, desde luego, que yo pueda cambiar el mundo!”*.

Quizás, entonces, era absurdo trabajar como dos desesperados para no perder ni un minuto de nuestras jornadas.

Me daba cuenta sin embargo, en aquel momento, de que la idea de ser dos “siervos inútiles” me daba alivio y alegría.

Pag. 66

“Unos padres responsables no le compran helados al niño ¿verdad? Pero, por esta vez, yo diría que hay que comprárselo, ¿qué opina, Adele?”

Estábamos parados, en el coche, yo, don Lorenzo y Marcello delante de los soportales de una de las dos plazas de Vicchio, dispuestos a volver a Barbiana.

“Compre también uno para mí”, añadió mientras yo abría la puerta. Me dirigí, pues, a la heladería y volví con dos conos, pero, mientras íbamos por las calles del pueblo sólo Marcello se comió su helado. El de don Lorenzo lo tuve yo en la mano porque sólo cuando llegamos al campo, en una carretera donde no había nadie, paró el coche y se comió el helado también él.

En aquel momento me pareció raro que quisiera comerse aquel helado así, como a escondidas, pero pensándolo más tarde me pareció que tenía razón al no querer que lo vieran en la plaza con la lengua fuera lamiendo un cucurucho.

Fue poco después, mientras seguíamos ha-

cia Barbiana, cuando se habló del deber de ser coherentes, pero no creo que fuese con motivo del helado. En cualquier caso, me dijo, en conclusión, que, según él, la coherencia absoluta era un absurdo y, además, un absurdo estúpido. Dicho esto por otra persona podía parecer un discurso “normal”, pero dicho por él, con lo que costaba la coherencia en Barbiana, tenía un sabor completamente nuevo.

Aquel era uno de tantos momentos en los que me parecía comprender que uno no debía ser prisionero de nada, ni siquiera de los “principios”. Porque, como diría Freire, don Lorenzo era “un radical”. Freire, así al menos me parece entender de lo que Corzo dice de él, dividía las personas en “radicales” y “sectarias”. Las “sectarias” tienen raíces poco profundas y se aferran a reglas y dogmas. Los “radicales”, por el contrario, tienen raíces profundas y no tienen miedo de la libertad.

Todos los días y en las ocasiones más diversas, aprendía en Barbiana lo que significaba ser “radicales” (en el sentido de Freire).

Pag. 68

Cuando había niebla, todo el valle del Mugello desaparecía. Sólo nosotros allá arriba, y las cimas de los Apeninos frente a nosotros, permanecíamos al sol.

Era a la altura de Padulivo donde la niebla se hacía menos densa y a través de la niebla, entre las hojas de los árboles, llegaban los rayos.

Así que, cuando volvíamos en coche desde Florencia, don Lorenzo allí iba más despacio, y nos hacía estar atentos, porque allí, de repente, aparecían los colores. En un instante el mundo volvía a ser un mundo de colores. “Así será”,

añadió una vez, “cuando llegemos al Paraíso. Dejaremos abajo toda la niebla y todo el gris se quedará detrás de nosotros”.

También aquella vez parecía que no hablaba con nosotros, sino para sí. Era un pensamiento hecho voz.

Y en aquellos momentos era como si se abriera una rendija y se vislumbraba, a su través, una parte del alma que normalmente no aparecía. Porque normalmente parecía feliz, pero en aquellos momentos llegaba la duda de que dentro hubiera también algo que no era felicidad.

**Pag. 76**

Paolino de Gattaia era el más pequeño de los escolares de Barbiana y con Marcello, Raffaello y Giovanni, no se sentaba detrás de las mesas como los mayores durante la lectura del periódico.

Los pequeños se sentaban en una banqueta baja delante de las mesas, justo enfrente de don Lorenzo, a dos pasos de sus pies.

Pero estaban distraídos. Marcello, Raffaello y Giovanni estaban distraídos porque no eran capaces de comprender, Paolino de Gattaia se distraía porque evidentemente la lectura del periódico y los comentarios de don Lorenzo le aburrían.

Así que había inventado una manera muy suya de pasar el tiempo: guiaba una motocicleta

imaginaria y, observándolo, se le veía cambiar las marchas y tomar las curvas de un camino muy accidentado que, claro está, no se veía.

Todos los días “corría”, y “a gran velocidad”, por aquel camino.

Don Lorenzo parecía que no se enteraba, así que un día decidí advertirle.

“Don Lorenzo” dije, ingenua y concienzuda, nada más quedarme a solas con él, “Paolino no escucha cuando usted lee el periódico. Durante todo el rato se cree que guía una motocicleta”.

Don Lorenzo escuchaba, atento y pensativo, como siempre que había un problema.

Pero no le preocupaba un problema como ese. “Adele” respondió con calma, sereno, “yo estoy aquí como un campesino. Un campesino no puede tener prisa de que una pera madure”.

**Pag. 78**

Habíamos leído aquellos días esa carta de Maquiavelo en la que se lamenta de verse obligado a permanecer fuera de Florencia para no acabar arrestado en el Bargello. Y dice que en el Albergaccio pasa mucho tiempo en la hostería jugando al trique-traque, y que todas las tardes, en el juego, grita y “se *ingaglio*” [se hace un plebeyo].

Pero cuando acaba el juego, sube a su habitación y allí, cada tarde, “se quita la ropa de *gaglio*” y “viste paños curiales” para leer los escritos de los antiguos, y en su compañía se entretiene, y escucha sus voces, y se nutre de su sabiduría. “Porque”, termina, “este es el alimento que *solum* es mío y que yo nací para él”.

En Barbiana, una mañana, estábamos todos alrededor de don Lorenzo que leía el Evangelio, pero los chicos no estaban atentos. No tenían ganas, aquel día, de leer el Evangelio.

Se montó un número de mucho cuidado y don Lorenzo los insultaba. Los llamaba campesinos y avariciosos. “Si doy clase de matemáticas estáis atentos”, decía, “porque con las matemáticas se puede ganar dinero. El Evangelio, en cambio, no sirve para ganar dinero. Por eso no estáis atentos.

Pero yo toda la semana enseño matemáticas esperando este momento. Porque este es el alimento que *solum* es mío y... ¿cómo dice, Adele?...”

“Y que yo nací para él”, dije yo.

“¡Precioso! ¡Es así!... y que yo nací para él”.

**Pag. 94**

“**Don Lorenzo, si aquí al lado** viniera a vivir otro cura y los chicos empezaran a irse con él en lugar de venir aquí, ¿qué haría usted?”

“¡Agarraría el fusil!”

“¿Y si fuera mejor que usted?”

“¡Agarraría el fusil! ¡Los chicos son míos! Listo o burro, si me los quitara, ¡agarraría el fusil!”

Estaba alucinada. No sé por qué extraña inspiración me vino a la cabeza hacerle aque-

lla pregunta, pero, después de oír aquella respuesta, estaba alucinada, y no me rendía.

Yo siempre había pensado que un cura se podría permitir sólo un amor desinteresado y altruista. Y estaba segura de que ningún otro sacerdote habría tenido la cara dura de exhibir un amor posesivo y celoso como el más natural y el más legítimo de los sentimientos.

“Pero ¿si fuese capaz de hacer bien a los chicos mejor que usted?”, insistía.

“Son mis chicos, Adele, ¡agarraría el fusil!”

Pag 105

A mi no me convencía toda aquella insistencia en la *Carta a una maestra* sobre el maquiavelismo de los “Amos”, que con el deporte, las modas y otras mil triquiñuelas distraían a los obreros de la política.

Era verdad. Aquellas trampas existían y los obreros caían en ellas.

Pero siempre me quedaban dudas cuando se hablaba de ello.

“¡Usted a los ‘amos’ los hace demasiado

inteligentes!”, le dije un día. “¡No van a ser todos unos genios! ¡Para mí que también ellos creen que las distracciones son necesarias y que el deporte es algo importante! ¿Será posible que dependa de sus planes el que el mundo dé vueltas como ellos quieren? ¡Serían demasiado listos!”

Permaneció callado un rato. Tumbado en la cama, reflexionaba en silencio. Luego, como si aún reflexionara: “Habría que decir algo que no está de moda... Habría que hablar del demonio...”

Fue la única vez que se lo oí nombrar.

Pag 106

La Carta estaba casi terminada y don Lorenzo se la daba a leer a los amigos.

“¡Hemos dado en el blanco!”, me decía aquel día. “Hemos dado en el blanco porque le gusta a Mario y a Daniel. Les gusta todo, les gusta muchísimo a los dos”.

Mario Becchi había sido alcalde de Vicchio, pero había nacido campesino.

Daniel Njai se había hecho médico, pero había nacido en una choza en un pueblo de Kenia.

Recordaban muy bien, los dos, los días de su infancia, cuando para el hijo de un campesino la alternativa de la escuela era la mierda del establo.

Pag 119

Después de su muerte hubo un momento en el que deseé no haberlo conocido nunca porque “sus” chicos me estaban dando disgustos y me parecía que don Lorenzo me había engañado conscientemente.

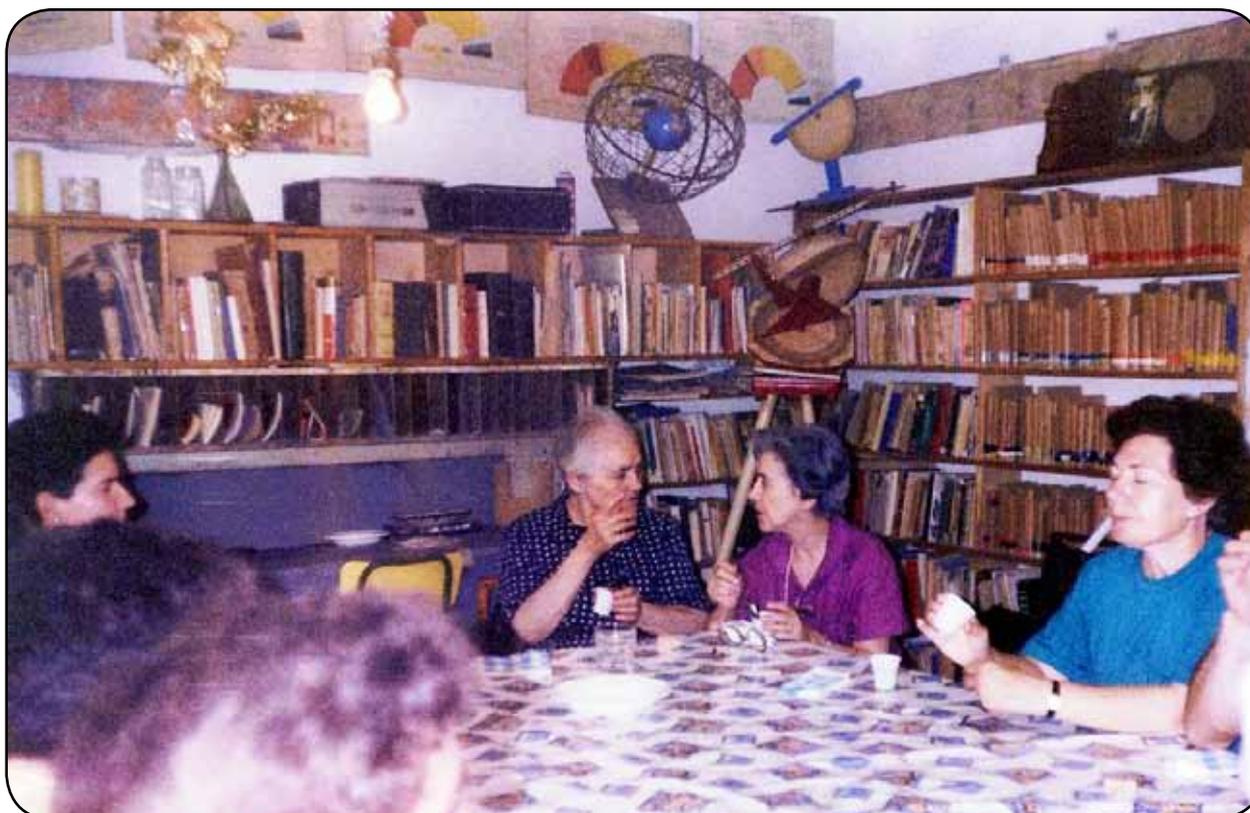
Se lo dije a Eda y fue la última vez que le tocó poner paz entre su cura y yo.

Me dijo: “¡Adele! ¡No se acuerda! ¡El primer engañado era él! ¿No recuerda cómo se hacía ilusiones?”.

Esta era la opinión de Eda. Pero no es verdad que se hiciera ilusiones. Él veía a los chicos como podían ser y, luego, si no todos han conseguido ser como habrían podido, esa es otra historia. Han estado las mujeres, han estado los hijos, el mundo remando en



su contra, pero algo les ha quedado dentro a todos. Me doy cuenta cada vez que encuentro uno de ellos.



Eda, “el ama” del cura, habla con Adele en 1987, entre libros y astronomía.



Pag 123

No sé si don Lorenzo habrá pedido disculpas a quienes pensaba que había hecho sufrir. No creo. Por la carta que me escribió Berta en aquellos últimos días me pareció entender que su forma de hacer las paces consistía en informar a los maltratados que deseaba verlos.

Incluso con Carla, la “novia” que había dejado al entrar en el seminario, no creo que haya llegado a manifestar lamento alguno por haber sido causa de mucho sufrimiento. Hubiera sido el método adecuado para enfadarla, creo, porque la ponía tremendamente nerviosa que la tomaran por una enamorada desilusionada. Según decía Ranchetti, ella sostenía, además, que don Lorenzo la había llamado a su cabecera sólo para mostrarle lo valiente que era al morir. Habría sido bastante estúpido.

Pero si Ranchetti lo cuenta es cierto que Carla se lo dijo, pero estoy segura de que no lo pensaba. Su Lorenzo era muy distinto del que yo he conocido, pero no es posible que fuera un estúpido. Quizá Carla estaba conmigo más atenta a lo que decía, porque era sensible y buena y me quería. Ciertamente trató de nunca decir nada que me pudiera disgustar. No me ha dicho, por ejemplo, como le dijo a Ranchetti, que la “conversión” de don Lorenzo verdaderamente no era sincera y que muy probablemente se había hecho cura por deseo de omnipotencia. A mí, hablando precisamente de aquella “conversión”, me dijo una vez, y estaba serena y pensativa: “buscaba el Absoluto. Siempre. Siempre ha buscado el Absoluto”.

Estoy convencida, sin embargo, de que ella y yo hemos conocido personas distintas.

La última vez que hemos hablado ampliamente las dos (la última antes de su ingreso en una clínica para morir de cáncer también ella), cuando cerré la puerta de su casa y me encontré en la calle, no pude menos de preguntarme: “¿Pero de quién hemos hablado?”. Me había dicho, entre otras cosas, que en los últimos días de don Lorenzo había preferido no venir a Florencia porque tenía miedo de que le pidiera llevarse consigo a Marcello. Estaba claro que no conocía al Lorenzo de los últimos días. Semejante duda no me entraba en la cabeza. Chocaba ruidosamente con mis recuerdos. Pero no podía contradecirla. Había conocido a otra persona.

Estábamos en casa de su madre y me acababa de decir que los glóbulos blancos se multiplicaban a una velocidad vertiginosa.

Anocheceía. Ya se habían cerrado las ventanas porque estaba encendida la luz eléctrica y estábamos solos en la habitación. Puede que los demás estuvieran cenando. Y de repente creo que me preguntó: “Adele, ¿qué tal se encuentra usted con los hombres y con Dios?”. Es una frase un poco extraña, pero así es como la recuerdo. Le miré extrañada: “no sé qué decirle”, respondí, “no me he preparado”. “¡Necesita prepararse!”. Parecía asombrado y, tal vez, un poco irónico, pero benévolo. Luego, me hizo una reflexión que, resumidamente, se parecía a la de san Pablo cuando dice: “he combatido la buena batalla...”. Recuerdo solamente las últimas palabras: “¡Ahora os toca a vosotros!”. Yo, desde hacía tiempo, tal vez desde que él se había ido de Barbiana, meditaba traerme conmigo, a mi casa, después de su muerte, a los tres chicos Alpi: Marcello, Rafaello y Giovanni. Probablemente, sin darme cuenta, la idea de crear una casa y una familia me salvaba de una caída en el vacío tras una vida tan intensa como la vivida hasta aquel momento. Me dolía no poder hablar de este proyecto con don Lorenzo. Sabía que le hubiera alegrado mucho. Pero, como yo no pensaba quedarme con los tres chicos por agradecerle a él ni para recibir su aprobación, no me apetecía empezar a hablar del tema sin haber tomado todavía una decisión. Pero en aquel momento no me dio tiempo a reflexionar. Cuando dijo: “ahora os toca a vosotros”, se me escapó decir lo que en la cabeza tenía pensado hacer.

Me arrepentí inmediatamente, porque a la primera palabra me entró la angustia. Mi proyecto me parecía en aquel momento un absurdo muy superior a mis fuerzas. No quería ni pensarlo.

Gracias a Dios, él no dijo tonterías. No dijo que mi idea era bonita. Me leyó el miedo en la cara y me cortó inmediatamente. Y aunque le gustara creer que Marcello ya no pasaría más hambre, no me lo dijo. Creo que ni lo llegó a pensar. En aquel momento me pareció que Marcelo no le importaba nada.

Le importaba yo, que estaba delante de él horroizada por lo que yo estaba diciendo: “No hable más”, me dijo, “porque dentro de poco me muero y, luego, usted podría sentirse obligada...”

Se me ensanchó el corazón. Fue como si en un instante se me hubiera caído una losa de la espalda o como si él me hubiera cogido en el momento de caerme en un enorme agujero. El alivio y la gratitud me daban ganas de llorar. ■